

como la niña el ser perseguida, sacase furtivamente la cabeza del interior de su carreta cubierta con un toldo de tela, mirase por encima de la rueda, y viendo que nadie había tranquilizase á la niña, cuyo terror parecía tan grande, que el hecho material de su herida, y el dolor que debía causarle, era sólo un detalle casi olvidado.

Á eso de la medianoche (tanto había avivado la Brocante el paso de su asno secundando así el ardor de la niña), á eso de medianoche, repetimos, llegaron á la barrera de Fontainebleau.

Detenida á la reja por los empleados de la administración, la Brocante no había tenido que hacer otra cosa que asomar la cabeza y decir: « soy yo, la Brocante, » y como los empleados tenían la costumbre de verla pasar una vez al mes con su cargamento de trapos y volver al día siguiente con su carreta vacía, se habían alejado al instante, y el asno y la carreta, la vieja y la niña habían entrado en la ciudad.

En seguida por la calle de Mouffetard y la de la Llave habían llegado á la de Triperet, que si hemos de creer á una antigua inscripción que aun existe hoy, debía escribirse *Calle de Trippet*.

En cuanto á la niña acurrucada, ó más bien enroscada en sí misma en el rincón más recóndito de la carreta, no había dado (como hemos dicho ya) otras señales de vida, que preguntar de cuando en cuando á la Brocante con una voz llena de una angustia inexplicable: — ¿ No corre en pos de mí? ¿ no es verdad? ¿ no corre en pos de mí?...

Apenas bajó del carruaje, lanzóse en el pasadizo, y como si hubiera tenido la facultad de ver de noche, ganó la escalera y subió los escalones tan rápidamente como hubiera podido hacerlo el gato más ágil.

Subió detrás de ella la Brocante, abrió la puerta de su chiribitil, y le dijo:

— ¡ Entrate ahí, pequeña! nadie sabe que estás aquí; estate pues tranquila.

— Entonces ¿ ella no vendrá á buscarme aquí? preguntó la niña.

— ¡ No hay peligro!

Y la chiquilla se deslizó como una comadreja por la puerta entreabierta.

Empujó la Brocante la puerta y la cerró con llave; bajó en seguida á poner su carreta bajo el cobertizo, y su asno en la cuadra.

Al subir tomó las mismas precauciones volviendo á cerrar la puerta detrás de sí y echando el cerrojo.

Después encendió un cabo de vela, colocado sobre el cuello de una botella rota, y alumbrándose con aquella pálida luz buscó á la pobre fugitiva.

Esta había ido á tuestas hasta el ángulo recóndito del granero, y allí se había puesto de rodillas y rezaba cuantas oraciones sabía.

Llamóla entonces la Brocante, pero la niña le hizo con la cabeza un signo negativo.

Fué la Brocante, la tomó de la mano y la atrajo hacia sí. Vino la niña, pero con marcada repugnancia.

La vieja la atrajo hacia sí para interrogarla.

Pero á todas sus preguntas la niña no respondía más que estas palabras:

— ¡ No me matará!

Así pues, la Brocante no pudo saber ni de qué país era la niña, ni quiénes eran sus padres, ni cómo se llamaba, ni por qué habían querido matarla, ni quién le había hecho la herida que tenía en el pecho.

La niña guardó casi un año un mudismo absoluto: sólo mientras dormía agitada con un sueño terrible, presa de alguna pesadilla espantosa, exclamaba á veces:

— ¡ Ah ! ¡ perdón, perdón, Mad. Gerard ! ; no os he hecho mal; no me matéis !

Todo lo que se supo pues, fué que la mujer que había querido matarla se llamaba Mad. Gerard.

En cuanto á la niña, como era preciso llamarla con un nombre cualquiera, y como era tan pálida como esas rosas que florecen en medio del invierno, la Brocante, sin darse cuenta del bautismo de poesía que la daba un nombre poético, la llamó *Rosa de Noel* (Rosa de Natividad.)

Le había quedado este nombre.

Aquella misma noche, viendo que la niña nada quería decir, la Brocante, con la esperanza de que sería un poco más locuaz al día siguiente, le había indicado la especie de lecho mezquino sobre el que estaba acostado un niño de un año ó dos más que ella, y le había dicho que se acostase junto á él.

Pero ella se había negado obstinadamente; el color del colchón, la suciedad de las mantas repugnaban á la niña, cuya camisa fina, así como el corte elegante de su vestido, indicaban que pertenecía á padres ricos.

Había cogido una silla, la había apoyado contra la pared y se había sentado en ella, diciendo que estaría muy bien allí.

En efecto, pasó la noche sobre aquella silla.

Únicamente al venir el día se durmió.

Á eso de las seis de la mañana, mientras la niña dormía, levantóse la Brocante y salió.

Iba á la calle Neuve-Saint-Medard á comprar un vestido completo para la niña.

La calle Neuve-Saint-Medard es el Temple del cuartel de Santiago.

Aquel vestido completo se componía de un traje de cotonada ó percal azul con florecitas blancas, un pañuelo amarillo con flores encarnadas, uno de esos gorros de niño que se llaman gorros de tres piezas, de dos pares de medias de lana, y un par de zapatos.

Todo ello había costado siete francos.

La Brocante esperaba vender los despojos de la niña, en cuatro veces esta suma.

Una hora después había vuelto á entrar con su compra, y había vuelto á encontrar á la niña siempre acurrucada sobre su silla de paja y resistiendo á todas las monadas que le hacía Babolin para decidirla á jugar con él.

Cuando giró la llave en la cerradura tembló la niña de pies á cabeza, y cuando se abrió la puerta se puso pálida como la muerte.

Viéndola próxima á desmayarse, preguntóle la Brocante qué tenía.

— He creído que era ella, respondió la niña.

— ¡ Ella ! Era pues decididamente una mujer la persona de quien huía.

Extendió la Brocante sobre un escabel un vestido azul, su pañuelo amarillo, su gorro, sus medias y sus zapatos.

La niña la miraba obrar con inquietud.

— Vamos, ven aquí, dijo la Brocante á la niña.

Ésta sin menearse de la silla indicó los vestidos con el dedo.

— ¿ No son para mí esos vestidos ? dijo con aire desdeñoso.

— ¿ Pues para quién han de ser ? preguntó la Brocante.

— No me los pondré, respondió la niña.

- ¿ Entonces quieres que te reconozca ?
 — ¡ No, no, no ; no quiero !
 — En ese caso es preciso que te pongas estos vestidos.
 — ¿ Y con esos vestidos no me reconocerá ?
 — No.
 — Entonces ponédmelos al instante

Y sin dificultad alguna, se dejó quitar su hermoso traje blanco, sus medias finas, sus enaguas de batista, y sus diminutos zapatos.

Por lo demás todo esto estaba manchado de sangre : había necesidad de lavarlo pronto para no excitar las sospechas de los vecinos.

Pusiéronsele á la niña los vestidos que le había comprado la Brocante, humilde librea de la miseria, simbolo patente de la vida que le esperaba.

Lavó la Brocante los vestidos de la niña, los hizo secar, y los vendió en treinta francos.

Este era ya un buen negocio.

Pero la vieja hechicera esperaba un día hacer otro mejor, descubriendo los padres de la niña y devolviéndola, ó más bien vendiéndola á su familia.

La misma repugnancia que había experimentado la niña para ponerse los vestidos de una condición inferior, la manifestó cuando se trató de compartir la comida de la familia.

Un resto de carne recalentado en un cazo, un pedazo de pan negro comprado del desecho, ó mendigado por la ciudad, tal era la comida ordinaria de la Brocante y su hijo.

Babolín, que nunca había comido en otra mesa que en la de su madre, no tenía deseos gastronómicos más allá de su condición.

Pero no sucedía lo mismo á Rosa de Noel.

Sin duda estaba habituada, pobre niña, á comer manjares buscados á peso de oro, y servidos en fuentes y platos de porcelana, porque se contentó con lanzar una mirada sobre el desayuno de Babolin y la Brocante, y dijo :

— No tengo hambre.

Á la hora de comer sucedió lo mismo.

Comprendió la Brocante que la elegante niña se dejaría primero morir de hambre, que tocar á su comida.

— ¿ Qué es pues lo que quieres ? le preguntó, ¿ faisanes, naranjas ó pollas trufadas ?

— No pido ni pollas trufadas, ni faisanes, ni naranjas, respondió la niña, pero preferiría un pedazo de pan blanco como se daba en nuestra casa el domingo á los pobres.

La Brocante, á pesar de ser tan dura como era, se conmovió con esta respuesta tan sencilla y al mismo tiempo tan lastimera. Dió un sueldo á Babolin, diciéndole :

— Ve á buscar un panecillo á casa del panadero de la calle de Copeau.

Tomó Babolin el sueldo, no hizo más que dar un brinco por las escaleras, un salto desde la calle de Triperet á la de Copeau, y volvió al cabo de cinco minutos trayendo un panecillo de trigo de blanca miga y dorada corteza.

La pobre Rosa de Noel tenía mucha hambre, y devoró el panecillo hasta la última migaja.

— Y bien, preguntó la Brocante, ¿ te gusta eso más ?

— Sí, señora, y os doy las gracias, dijo la niña.

Á nadie se le había ocurrido nunca llamar *señora* á la Brocante.

— ¡ Bella señora ! dijo. Y ahora, señorita Preciosa, ¿ qué queréis para postres ?

Querría un vaso de agua, respondió la niña.

— Dame el botijo, dijo la Brocante á su hijo.

Y Babolín trajo un botijo sin asa y desportillado que presentó á la niña.

— ¿Bebéis aquí? dijo ésta con voz dulce á Babolín.

— Mi madre es quien bebe aquí; yo bebo á la catalana, y levantando el botijo una cuarta sobre su cabeza, hizo caer de él un chorro de agua que recibió diestramente en la boca demostrando así la costumbre que tenía de beber de aquella manera.

— No quiero beber, dijo la niña.

— ¿Por qué? preguntó Babolín.

— Porque no sé beber como vos.

— ¡Bah! dijo la Brocante encogiéndose de hombros ya ves que es preciso un vaso para la señorita. ¡Esto causa lástima!

— ¿Un vaso? dijo Babolín. En verdad que debe haber uno por aquí.

Y después de haber buscado un momento, halló el vaso en un rincón.

— Toma, dijo presentándosele á la niña lleno de agua. Bebe.

— No, no quiero beber, dijo ésta.

— ¿Por qué no quieres beber?

— Porque no tengo sed.

— Tienes sed, puesto que has pedido agua hace poco. La niña movía la cabeza.

— Como somos pobres, dijo la madre, la señorita no quiere beber ni en nuestros botijos ni en nuestros vasos.

— No, porque están sucios, dijo en voz baja la niña; y sin embargo... tengo sed, añadió llorando.

Bajó Babolín como había hecho la primera vez, corrió á la fuente vecina, lavó el vaso tres ó cuatro veces, y lo

volvió á traer transparente como el cristal de Bohemia y lleno de agua pura y limpia.

— Gracias, señor Babolín, dijo la niña.

Y bebió el agua de un solo trago.

— ¡Oh señor Babolín! exclamó el pilluelo saltando. Entonces, madre, cuando vayamos á casa de Croc-en-Jambe, nos haremos anunciar: «el señor Babolín y la señora Brocante.»

— Perdonad, replicó la niña; me han enseñado á decir señor y señora: si no os gusta, no lo diré más.

— Si, hija mía, sí, está bien dicho, dijo la Brocante subyugada á pesar suyo por esa superioridad que da la educación, de la que algunas veces se burlan las gentes del pueblo, pero que á pesar de todo produce siempre en ellas su efecto.

Por la noche se volvió á representar la misma escena que la vispera para acostarla.

La madre y el hijo dormían sobre un solo colchón tirado en medio de los trapos, en un rincón de la habitación.

Rosa de Noel rehusó constantemente el ocupar un lugar al lado de ellos.

Aquella noche aun durmió sobre su silla.

Al día siguiente hizo la Brocante un esfuerzo.

Puso en el bolsillo los treinta francos, precio de los vestidos de la niña, salió, compró una camilla de cuarenta sueldos, un colchón de diez francos, un poco delgado, pero limpio, un almohadón de tres francos y medio, dos pares de sábanas de percal, y una colcha de algodón: todo de una blancura completa.

Todo lo hizo llevar á su granero.

Todo le había costado veinte y tres francos: estaba pues en paz con la niña.

— ¡ Oh ! un lecho blanco pequeñito : exclamó la niña, cuando vió el catre armado y guarnecido.

— Es para vos, señorita Preciosa, dijo la Brocante : puesto que parece que sois una princesa, se os trata como tal.

— Yo no soy una princesa, respondió la niña, pero allá abajo tenía un lecho blanco.

— Pues bien : tendréis un lecho blanco como allá abajo : ¿ estáis contenta ?

— ¡ Oh ! sí, sois muy buena, dijo la niña.

— ¿ Ahora dónde vais á colocaros ? ¿ No habrá necesidad de alquilar para vos un cuarto principal en la calle de Rivoli ?

— ¿ Queréis concederme aquel rincón ? dijo la niña.

É indicaba un fondo del granero que hacía una especie de gabinete, usurpándolo al granero vecino.

— ¿ Y os bastará eso ? preguntó la Brocante.

— Sí, señora, respondió la niña con su acostumbrada dulzura.

Colocóse el catre en el rincón.

Poco á poco se amuebló el rincón, y quedó convertido en una especie de alcoba.

La Brocante estaba lejos de ser tan pobre como aparentaba; sólo que era horriblemente avara y le costaba mucho sacar el dinero de la hucha en que lo metía.

Pero la Brocante tenía una industria : echaba las cartas.

En vez de hacer que le pagasen en dinero los que la consultaban (lo que no dejaba de ser difícil en un barrio tan pobre como el en que habitaba), ocurrióle la idea de hacer que le pagasen en especies.

Á la prendera le pidió una cortina de tela de Persia, al

ebanista una mesita, al tapicero un tapiz : de suerte que el rincón de Rosa de Noel se encontró amueblado al cabo de un mes, y el ángulo que ella habitaba en el granero se llamó la estación.

Rosa de Noel era feliz ó poco menos.

Decimos *poco menos* porque su traje de percal azul, su pañuelo amarillo de flores encarnadas, sus medias de lana y su gorro de tres piezas le desagradaban en extremo.

También al paso que estos objetos se usaban, Rosa de Noel se hacía una especie de toilette propia.

Por lo pronto y ante todo peinaba sus cabellos con un cuidado sumo, y eran tan largos que echándolos hacia atrás, pisaba la punta con sus talones.

Después, ora usaba una camisa de tela cruda anudada en torno del cuerpo con algún cordón improvisado, ora un turbante hecho con una banda de color vivo, ora un viejo chal con el que se envolvía como con un manto, ora una rama de oxiacanto de la que hacía una corona perfumada ; pero como quiera que se vistiese, al fin siempre su traje pintoresco se aproximaba á algún tipo en que un pintor hubiese encontrado algo que imitar, sea que quisiese reproducir la criolla de las Antillas, la gitana de España ó la ninfa druidica de las Galias.

Sólo que como la jovencita no salía nunca ; como el sol no penetraba en el granero más que por estrechas rendijas ; como no comía más que pan ni bebía más que agua ; como el frío penetraba por todos lados en el chiribitil de la Brocante ; como, por último, no habiendo diferencia entre el verano y el invierno estaba siempre vestida casi de la misma manera, tanto cuando había diez grados bajo cero, como cuando el termómetro marcaba treinta de calor, tenía este aspecto enfermizo y lacerado que hemos intentado pintar ;

sin contar que de vez en cuando una tos seca que atraía á las mejillas de Rosa de Noel un color más vivo cada vez que la acometía, anunciaba que el miserable equipo que la cubría sin abrirla, había ejercido ya sobre su salud una influencia fatal, y podía en adelante tener sobre ella una influencia más fatal aún.

De su familia y del terrible acontecimiento que había sido causa de su encuentro con la Brocante (la cual había llegado á amar á la pobre niña tanto como ella era capaz de amar), nunca se había hablado más que lo que hemos dicho.

Hé aquí cuál era Rosa de Noel, es decir, la niña que estaba de hinojos entre las rodillas de la Brocante en el momento en que Babilín y el maestro de escuela aparecieron en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO VIII.

SINISTRA CORNIS.

El espectáculo que se presentaba á los ojos de Justino era pues capaz de llamar la atención de un hombre menos absorto que el maestro de escuela en un solo pensamiento, el de Mina robada y llamándole á su socorro.

Entró pues en el granero insensible á toda otra idea que la que le oprimía el corazón.

— Madre, dijo Babilín, precediendo al joven como un intérprete precede á aquel para quien está encargado de llevar la palabra; hé aquí á Mr. Justino el maestro de es-

cuela, que ha querido venir en persona á preguntaros cosas que yo no he podido decirle.

Sonrió la vieja como indicando que aguardaba aquella visita.

— ¿Y el Luis? preguntó á media voz.

— Aquí está, respondió Babilín deslizándole en la mano la pieza de oro; pero deberéis comprar un buen regalo á Rosa de Noel.

— Gracias, Babilín, dijo la joven tendiendo su mano al pilluelo, quien la abrazó fraternalmente; pero no tengo frío.

Y al decir estas palabras tosió dos ó tres veces de una manera que desmentía perentoriamente las palabras que acababa de pronunciar.

Pero, ya lo hemos dicho, todos estos detalles que hubiesen chocado á otro que no hubiera sido Justino no existían para él, ó sólo existían como los vapores matinales que elevándose entre el viajero y el punto á que quiere llegar velan aquel punto sin ocultárselo.

— Señora... dijo.

Á la palabra *señora* levantó la cabeza la Brocante para ver si era á ella á quien se dirigía.

Justino era la segunda persona que le había llamado *señora*: la primera era Rosa de Noel.

— Señora, dijo Justino, ¿sois vos quien ha encontrado esta carta?

— Pero diantre, así parece, dijo la Brocante, puesto que soy yo quien os la he enviado.

— Sí, dijo Justino, y os estoy muy reconocido; sólo que yo quisiera que me dijeseis, donde la habéis encontrado.

— En el barrio de Santiago, de hijo.

— Querria saber en qué calle.

— No he mirado el letrero, pero debía ser en los alrededores como de la calle Daufine á la de Mouffetard.

— Veamos, dijo Justino, traed bien á la memoria vuestros recuerdos, ¡ yo os lo suplico !

— ¡ Ah ! decididamente, dijo la Brocante, creo que fué en la calle de Saint-Andre-des-Arts.

Para un observador más familiarizado que Justino con aquella especie de gitana con quien tenia que habérselas, hubiera sido evidente que la Brocante combatía con una intención formada de antemano.

Justino creyó comprender.

— Tomad, dijo, para ayudar á vuestra memoria.

Y le dió otro luis.

— Veamos, madre, dijo Babolín : hazle á Mr. Justino la caridad que te pide ; Mr. Justino no es como todo el mundo y se le considera mucho en el barrio de Santiago : anda, díselo.

— ¿ Qué te metes tú en camisa de once varas, galopin ? dijo la vieja.

— ¡ Ah ! como queráis, replicó Babolín ; al fin y al cabo Mr. Justino me ha dicho que le condujese aquí, y aquí está : ahora que se arregle como pueda que ya es bastante crecido, mayor de edad para despachar sus asuntos por sí mismo.

Y se fué á jugar con los perros.

— Brocante, dijo Rosa de Noel con su voz dulce y armoniosa, veis que este joven está muy inquieto y muy atormentado, decidle lo que desea saber ; yo os lo suplico.

— ¡ Oh ! sí, bella niña, os conjuro á que le pidáis por mí, dijo el maestro de escuela juntando sus manos.

— ¡ Va á deciroslo ! ¡ va á deciroslo !

— Seguramente que voy á deciroslo, murmuró la vieja como obedeciendo á un poder superior : bien conoces mi flaco y sabes que nada puedo negarte.

— ¡ Y bien, señora, dijo Justino dominando apenas su impaciencia, un esfuerzo de memoria, acordaos, acordaos en nombre del cielo !

— Creo que era... Sí, allí era ; lo que es ahora estoy segura de ello... Además podria recurrirse á las cartas.

— Entonces, dijo Justino como hablando consigo mismo, y sin fijar la atención en las últimas palabras de la Brocante, habrán atravesado el Sena por el Puente Nuevo é irian probablemente á la barrera de Fontainebleau ó á la de Santiago.

— Justamente, dijo la Brocante.

— ¿ Cómo lo sabéis ? preguntó el joven.

— Dije *justamente*, como hubiera dicho probablemente.

— Escuchad, repuso Justino : si sabéis algo, en nombre del cielo, decidme lo que sepáis.

— Nada sé, sino que he encontrado en la plaza Maubert una carta con sobre para vos, y que os la he enviado, dijo la Brocante.

— Brocante, dijo Rosa de Noel, sois una mujer malvada ; sabéis aún algo más y no lo decís.

— No, dijo la Brocante, nada más sé.

— Hacéis mal en despachar á ese caballero como lo hacéis, madre : es un amigo de Mr. Salvador.

— Yo no le despacho mal ; le digo que no sé lo que me pregunta ; sólo que cuando no se sabe una cosa, es preciso preguntarla á quien la sepa.

— ¿ Y á quién hay que preguntar esa cosa ? ¡ decid pronto !

— Á las que lo saben todo : á las cartas.

— Está bien, dijo el maestro de escuela, gracias ; siempre es bueno saber lo que me habéis dicho, y voy á reunirme con Mr. Salvador en las oficinas de la policía.

Y al decir estas palabras dió el joven algunos pasos hacia la puerta.

Pero la Brocante, cambiando de opinión sin duda :

— Mr. Justino, dijo.

Volvióse el joven.

La vieja le mostró con el dedo la corneja que batía las alas por encima de su cabeza.

— ¡ Ved el pájaro, dijo, ved el pájaro !

— Ya le veo, dijo Justino.

— Baté las alas, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pues bien ; hélo ahí todo : desde el momento en que el pájaro ha batido las alas es que no hay grande esperanza.

— ¿ Pero esa agitación de alas tiene alguna significación ?

— ¡ Jesús, Dios mio ! ¿ Preguntáis eso ? ¡ Un hombre instruido como vos, un maestro de escuela que sabe que la corneja es un pájaro profeta !

— Y bien, veamos qué significan las agitaciones de las alas de vuestro pájaro.

— Significan... significan que no encontraréis tan pronto la persona que buscáis ; porque buscáis á alguno.

— Sí, y daría cuanto poseo por encontrar á la persona que busco.

— Pues bien, ya lo veis, el pájaro sabe esto tan bien como vos y como yo.

— Pero en fin, ¿ qué quiere decir ese batir las alas ?

— Ese batir las alas... ese batir las alas, ved, es la imagen de vuestras penas : así como ese pájaro bate las alas,

así vos os agitáis en el vacío : ha batido tres veces las alas, un año por cada vez ; lo que quiere decir que emplearéis tres años en buscarla. Os aconsejo, pues, en nombre del pájaro, que no comencéis á dar pasos inciertos mientras las cartas no hayan hablado.

— Pues bien, veamos, dijo Justino ; que hablen pues.

Y como un hombre próximo á ahogarse, se agarra á todas las ramas, así Justino volvió atrás dispuesto á creer en las cartas por poca apariencia de verdad que tuviese lo que las cartas iban á decirle.

— ¿ Queréis el juego pequeño ó el grande ? preguntó la Brocante. ¿ Baraja con malillas ó sin ellas ?

— Lo que queráis... Ahí tenéis un luis.

— ¡ Oh ! tendréis entonces el juego grande, la baraja con malillas y el buen éxito de Cagliostro. Dame mi baraja grande, Rosa, dijo la Brocante. Levantóse la joven : era esbelta, ligera y flexible como una palmera, y fué á coger la baraja del fondo del cajón de un viejo mueble perdido en un rincón, y la presentó á la vieja con sus manecitas delgadas y afiladas pero blancas, y cuyas uñas estaban cuidadas como las de una señorita.

Á pesar de la costumbre que sin duda tenía de ver aquellos experimentos cabalísticos, aproximóse Babolin á la vieja, se acurrucó sobre el estrado con las piernas cruzadas, y se preparó á mirar con una admiración ingenua la escena de magia que iba á representarse.

La Brocante sacó de detrás de sí una gran tabla de pino en forma de herradura, y la puso sobre sus rodillas.

— Llama á Farés, dijo á la joven designándole con un movimiento de cabeza el ave colocada sobre la viga y que respondía á aquel nombre, tomado de una de las tres palabras cabalísticas del festín de Baltasar.

La corneja había cesado de batir las alas, y parecía que aguardaba el momento de desempeñar su papel en la escena que se preparaba.

— Farés, cantó la joven, dando á este llamamiento toda la dulzura de su voz.

La corneja saltó de la viga sobre el hombro derecho de la joven, que se agachó delante de la vieja, inclinando un poco hacia su lado el hombro sobre el cual estaba colocado el pájaro.

Entonces la Brocante lanzó un sonido extraño, mitad con la garganta y mitad con los labios, y que participaba á la vez del silbido y del grito.

Al oír este penetrante sonido, los doce perros, de un solo brinco y tropezándose los unos á los otros, se lanzaron de su banasta, y como verdaderos perros sabios que eran, vinieron á colocarse á derecha é izquierda de la maga, sentándose sobre su parte trasera con la gravedad de doctores prontos á entablar una discusión teológica y formando en derredor de la mesa un círculo perfecto, en cuyo centro se encontraba la Brocante.

Cuando estos preparativos, aparentemente necesarios, estuvieron ruidosamente concluidos por parte de los perros que durante toda la maniobra lanzaban gritos lúgubres, se restableció el silencio.

Miró la Brocante sucesivamente al pájaro y á los perros, y cuando hubo pasado esta revista, pronunció con una voz solemne sílabas tomadas de una lengua extranjera desconocida tal vez por ella misma, que los árabes hubieran tomado por la francesa, pero que de seguro los franceses no la hubieran tomado por la árabe.

Ignoramos si Babolin, Rosa de Noel y Justino comprendieron el sentido de aquellas palabras; pero lo que sí po-

demostramos afirmar que lo comprendieron los doce perros y la corneja, á juzgar por los ladridos iguales y ritmados de los perros y por el grito penetrante del ave, grito que imitaba la ronca nota que había lanzado la vieja para llamar á su cuadrilla.

Concluidos los ladridos, y extinguido el grito del ave, los perros que se habían mantenido respetuosamente sentados sobre su parte trasera mirándose melancólicamente unos á otros, se acostaron.

En cuanto á la corneja, saltó del hombro de Rosa de Noel á la cabeza de la Brocante, y allí se afianzó hundiendo sus garras en los cabellos grises de la vieja.

Entonces se hubiera presentado el cuadro á un pintor de la manera siguiente:

El granero sombrío, rayado únicamente por algunas líneas de luz que á duras penas se infiltraban por las raras aberturas.

La vieja, sentada con los perros tendidos en círculo en torno suyo; Babolin sentado á sus pies; Rosa de Noel, en pie arrimada al pilar.

Este grupo, iluminado por la rojiza luz de la lamparilla.

Justino en pie, pálido, impaciente y medio perdido en la penumbra.

La corneja batiendo las alas de vez en cuando, lanzando sus gritos siniestros, y recordando la fábula del *cuervo que quiere imitar al águila*.

Sólo que á diferencia del cuervo que tenía las uñas clavadas en la lana blanca del carnero, la corneja las tenía en los cabellos grises de la vieja.

El cuadro era fantástico, extraño, y hubiera hecho impresión hasta en una imaginación menos acalorada que la de Justino.

Iluminada, como hemos dicho, por la luz humeosa y roja de la lamparilla, extendió la bruja los brazos en el aire, y describió con uno de ellos desnudo y descarnado círculos gigantescos.

— ¡ Silencio todos ! dijo, las cartas van á hablar.

Callaron perros y corneja.

Entonces principiaron las cartas sus misteriosas revelaciones, que transmitía la enronquecida voz de la Brocante.

En primer lugar la vieja sibila barajó las cartas, é hizo que cortase Justino con la mano izquierda.

— Vamos claros, dijo la bruja, vos venís aquí á saber noticias de una persona á quien amáis ; ¿ no es eso ?

— ¡ Oh ! ; á quien adoro ! dijo Justino.

— ¡ Bien !... vos sois el caballo de bastos, es decir, un joven emprendedor y diestro.

Sonrió Justino tristemente : la iniciativa y la destreza eran al contrario las dos cualidades que esencialmente le faltaban.

— *Ella*, ella es la sota de copas, es decir, una mujer dulce y cariñosa. Respecto de Mina á lo menos la calificación era exacta.

Barajados los naipes y habiendo cortado Justino representado convencionalmente por el caballo de bastos, al par que Mina por la sota de copas, volvió la Brocante por lo pronto tres cartas.

Seis veces volvió á emprender la misma operación.

Siempre que había dos naipes del mismo color, dos bastos, dos oros, ó dos espadas, cogía el naipe más alto y lo colocaba delante de sí, alineando de izquierda á derecha los naipes que se presentaban de aquella manera.

Al cabo de seis ensayos tenía seis naipes.

Concluída aquella primera operación, barajó de nuevo,

hizo que otra vez cortase con la mano izquierda, y volvió á comenzar el experimento, siguiendo el mismo sistema.

Uno de los paquetes tenía tres ases ; tomólos la bruja todos tres, y los colocó unos al lado de los otros.

Este hacigote ó berlanga abreviaba su operación, dándole tres naipes en lugar de uno.

Continuó después hasta que tuvo diez y siete naipes.

Los dos que representaban á Mina y á Justino habían salido.

La bruja, principiando por el caballo de bastos, contó siete naipes de derecha á izquierda, comprendiendo en ellos el mismo caballo de bastos.

— ¡ Bueno ! dijo ; la que amáis es una joven rubia, de diez y seis á diez y siete años.

— Está bien, dijo Justino.

Contó aún otra vez siete, y cayó sobre el siete de copas vuelto.

— ¡ Proyectos destruídos !... Habéis formado con ella un proyecto que no ha podido llevarse á cabo.

— ¡ Ay ! murmuró Justino.

Contó la vieja otras siete, y paró sobre el nueve de bastos.

Estos proyectos han sido frustrados por dinero que no se esperaba ; una cosa así como una pensión ó una herencia.

Contó otra vez siete, y paró sobre el siete de oros.

— ¡ Cosa extraña ! continuó ; ¡ el dinero que ordinariamente hace reír, os hace llorar á vos !

Volvió á su cálculo, y paró sobre el as de espadas vuelto.

— La carta que os he enviado procede de la joven, está amenazada de prisión.

— ¿ De prisión ? exclamó Justino : ¡ imposible !